

para vuestro estómago, y emociones para el sentimiento, inspiración para la fantasía, ideas para la mente.

Cada hombre lleva en su rostro un ósculo indeleble de la tierra donde ha nacido. El germano es hoy rubio como en los tiempos de Tácito, y pálido el astur como en los tiempos de Estrabon. Si entre las ruinas de Roma veis erguirse la pastora que vuelve de llevar la comida al gañan de los búfalos, miradla; y aunque la fiebre de las Pontinas haya desfigurado su rostro, encontrareis en las escultóricas facciones los rasgos que acusan á las destronadas madres de los héroes. La poesía y la elocuencia griegas se comprenden tanto por el génio de sus poetas y de sus oradores como por el olivo y el mirto de los bosques de Colona y el lentisco del Eta y del Pindo, y la adelfa del Cytiso, y la ola que muere, coronada de espumas que la luz esmalta, en las armoniosas playas del Pireo, donde resuena eternamente el coro de la sirena y eternamente se balancea la cuna de los dioses.

Si de esta suerte el calor de la pátria llega hasta el fondo del alma, ¿quién dejará de amarla? Abreviado compendio es el hombre del Universo. Minerales somos, minerales son nuestros huesos. Vegetales somos, y de la respiración del vegetal vivimos. Nuestros pulmones y nuestra sangre tienen calor propio como los apartados soles. La red de nuestros nervios se agita como un arpa al choque de la electricidad. La partícula de hierro escondida en las entrañas de la tierra, ó el fósforo diluido en las estelas del mar, pasa por el movimiento eterno y la trasustanciación universal á los lóbulos de nuestro cerebro. No hay sino ver á los animales inferiores para notar cuán estrecho parentesco tenemos, así con los seres animados, como con los seres inanimados en todas las escalas misteriosas de la creación.

El Universo es el hogar de la vida, y la pátria es el Universo del corazón. No me di-

gais que preferís otras tierras á la tierra de vuestros padres. Como dice con mucha razón uno de los más elevados escritores, y uno de los más profundos talentos de nuestra época, el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, no creo en ese cosmopolitismo. Siempre me ha conmovido el sacratísimo lugar donde mis abuelos yacen durmiendo el sueño eterno; porque he creído que aquellos huesos eran como las raíces por donde estoy ligado á la tierra, como los eslabones de la cadena que me tiene unido á los pasados tiempos. Las historias de aquella edad, contadas al amor de la lumbre en las largas noches de invierno, despertaron los sentimientos del patriotismo en mi corazón. Parece que todavía veo á la madre de mi madre en su silla cercana á la chimenea. Reunía al carácter entero de un hombre, toda la delicadeza y toda la ternura de una mujer, de una madre. Nos refería el sitio de Alicante por los franceses, la rabia del general, uno de aquellos que luego pasaron á ser mariscales planetas del sol de la guerra y de la gloria. Estaba viuda, y no tenía más apoyo que sus dos hijos mayores. Pues á los dos les puso los cordones, como se decía entonces; los hizo cadetes para que fueran á combatir al conquistador. El menor de ellos murió al poco tiempo, cuando ya era teniente, y apenas tenía diez y nueve años, atravesado por una bala francesa, en el sitio de Tarragona. Al recibirse la noticia de esta desgracia, mi casa fué un mar de lágrimas; mi abuela creyó enloquecer ó morir. Uno de sus vecinos, afrancesado por más señas, fué á consolarla en el amargo trance; y á sus consuelos se mezclaban algunas reconvenções, por haber consagrado aquellos niños contra un hombre tan poderoso como Napoleon, y á una causa tan desesperada como la causa de España. Mi abuela, que era toda corazón, toda sentimiento, como la generalidad de las mujeres en el Mediodía de España, suspendió su llanto, enjugó sus ojos y díjole al vecino: «Sólo siento no tener más hijos para llevarlos

todos contra el conquistador. Y si alguno vacilara ó temiera, sería capaz de matarlo yo misma.» Y la pobre abuela, que no contaba nunca aquella historia sino entre sollozos, y que añadía la particularidad de haber sido su hijo el último oficial enterrado regularmente y con todos los honores de la Ordenanza en aquel tremendo y heróico sitio, digno de ir en pos del sitio de Gerona, concluía su relato con estas palabras: «Hijos míos, amad sobre todo en el mundo á la pátria.»

¡Oh! La pátria, la pátria. En ella se contienen todos nuestros recuerdos y todas nuestras esperanzas. De ella se alimenta toda nuestra vida. No hay lugar como el lugar unido por las lágrimas que le ha costado á nuestra madre nuestro sér. No hay en el planeta aire como el aire que ha recogido los primeros suspiros del pecho, ni templo como el templo donde se han disipado las primeras oraciones del alma. Los primitivos recuerdos que acariciáis, los primeros objetos que miráis, las primeras ilusiones y los primeros amores que sentís, los amigos de la infancia, los próximos parientes que han dirigido vuestros pasos, el libro en que habeis deletreado, el papel de los palotes, el manjar de vuestros primeros años, la escuela del pueblo, el huerto de la casa paterna, el viejo mueble donde habeis visto dibujarse la sombra de vuestros mayores; todo esto, consagrado por vuestra inocencia, forma como el paraíso de la vida, en que el mal no se conoce, ni apenas el dolor.

Pero la pátria no es solamente vuestro hogar y vuestro pueblo; la pátria es vuestra nación. Un agregado de familias, una raza que pone en común sus aspiraciones, sus recuerdos, su historia, sus leyes, no explican la idea de la nación. Es algo más. Es un organismo superior, es una personalidad altísima, es un espíritu más elevado que el espíritu individual y el espíritu de familia; es una dilatación del sér y de la vida. El espíritu nacional ¡ah! lo sentís al través de los siglos; lo

veis al través del espacio. El tiempo, la historia, la tierra misma, las afinidades de raza lo forman, como la física, la química, la biología vivientes del planeta forman y componen los organismos. Explicadme si nó por qué preferís vuestra humilde Sagunto á todo el génio de Anníbal; vuestro pobre Viriato á toda la gloria de Roma; vuestro montañés de Roncesvalles, con su cuerno al cinto, y su primitivo grito eúskaro en los labios al poder de Carlo-Magno; vuestras toscas milicias castellanas al esplendor de Damasco y de Bagdad; morir con Daoiz y con Velarde á triunfar con Murat y con Napoleon.

Los antiguos sólo veían los muros de su ciudad. Más allá de Cartago, de Tiro, no había sino tierra de conquista, viveros de esclavos. Cuando una ciudad caía, caían sus dioses, sus leyes; y así, á una derrota preferían sus habitantes la muerte. El Dios más espiritual del Oriente era Dios de la montaña de Sion. Á las orillas de apartado río no lo veían sus hijos. Para nosotros la pátria se extiende, se dilata por toda la nación. Y su espíritu, el espíritu nacional es cómo una atmósfera que envuelve nuestra alma. Aunque no tuviéramos otra razón para creer en el espíritu nacional, tendríamos la razón del lenguaje. No podeis pensar ni emitir vuestro pensamiento sino valiéndoos de la palabra. Por muy entendido que seáis en lenguas clásicas ó en lenguas extranjeras, no sabeis pensar sino en vuestra lengua propia. Y el uso os obliga á que amoldeis los pensamientos más abstrusos, las ciencias más nuevas, las series de ideas más originales al génio de vuestra lengua; prueba evidente de que la pátria penetra con su sér hasta lo más profundo de vuestro sér, con su alma hasta lo más íntimo de vuestra alma. Y así todos los pueblos han adorado á sus oradores, á sus poetas, á sus filósofos, á sus escritores de génio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte; traen y conservan el génio nacional.

Y este géneo se perpetúa á través de los siglos, como se perpetúa el carácter. Séneca ha escrito en latin; el último de los Abdibitas ha escrito en árabe; Góngora ha escrito en castellano. Pues son tres poetas hermanos, y sus dramas, sus elegías, sus poemas revelan el mismo géneo al través de los siglos, el géneo que se evapora de las tierras de Andalucía, de las orillas del Guadalquivir, de las sierras de Córdoba, exuberante, hiperbólico, audaz, pujantísimo, asiático, ardiente como nuestra tierra y como nuestro cielo, como la sangre que corre por nuestras venas, como las pasiones de nuestro pecho, como las tempestades de ideas que estallan tonantes en nuestras encendidas almas.

Pues si desde el aire que respiramos hasta las calidades ó los defectos que tenemos pertenecen á nuestra pátria, ¿por qué no amarla con exaltacion, con delirio? Todo muere en nosotros cuando muere la nacion. Mirad si nó al judío en la historia antigua y al polaco en la historia moderna. Amarga hiel se ha mezclado á su pan. Negra sombra se ha extendido de generacion en generacion. Pongamos, sobre todo, la pátria. Si te olvido, que pierda antes la memoria; si prefiero algo en el mundo á tí, que se me seque el corazon; si profano con malos pensamientos ó con palabras indignas tu armoniosa habla, que se me pegue la lengua al paladar; y que muera mil veces si he de darte un dolor ó de inferirte un agravio, ¡España, madre mia!

Perdónenme mis lectores si, faltando á la gravedad del historiador y á la armonía de la historia, he desahogado mi corazon herido, mi alma entristecida, invocando el sacratísimo númen de la pátria. Al tener que describir en la série de las escuelas francesas la que podríamos llamar escuela demagógica, recordando sus grandes errores, que males tan enormes acarrearán á la República, no he podido huir á los patrióticos sentimientos avivados en mi alma por el recuerdo de tantas desgracias, por el espectáculo de tantas ca-

tástrofes. Son innumerables los errores demagógicos. El primero y más trascendental consiste en creer que las sociedades humanas se amoldan á las concepciones individuales, á las fórmulas psicológicas de un pensador solitario, á los extravíos de una imaginacion exaltada, cuando tienen sus leyes independientes de todas las arbitrariedades y de todos los egoismos. El segundo error consiste en creer que basta una conjuracion para producir grandes revoluciones. La conjuracion suele conseguir algun resultado allí donde la sociedad se personifica en una familia ó un hombre. La historia de las monarquías absolutas, de los gobiernos autocráticos, están llenas de conjuraciones felices, como lo prueban evidentemente los anales del Imperio romano y los anales del Imperio ruso. Pero donde las sociedades son muy complicadas, las instituciones muy numerosas, la civilizacion muy viva, los derechos muy dilatados, no puede disponer un conjurado á su arbitrio de la suerte de una generacion y del porvenir de un pueblo. El sábio en su laboratorio podrá analizar los elementos componentes del aire, pero no podrá componer la atmósfera del globo; podrá conocer los fenómenos de la lluvia, pero no podrá llover. Para todas estas grandes obras se necesita el inmenso laboratorio del Universo. La voluntad de algunos individuos, las combinaciones de algunos conjurados, producirán un motin, pero no producirán una revolucion, ese estallido de la conciencia pública, ese movimiento de generaciones enteras, ese impulso incontrastable hácia un nuevo ideal, esa sed de reformas, esa condensacion milagrosa de abstrusas ideas, esos dias tempestuosos y creadores, que matan y vivifican con la espontaneidad y el vigor de la misma naturaleza.

Nue tros demagogos toman unos cuantos nombres de batalla, organizan misteriosamente secreta sociedad, numeran sus afiliados, los reunen á hurtadillas en sitios misteriosos, les distribuyen consignas fantásticas y

papeles trágicos, les redactan, sin consideracion alguna á la realidad y á sus exigencias, extraños programas capaces de reformar desde los abismos de la tierra hasta los abismos del cielo; y luego creen bastar cuatro tiros ó cuatro gritos en las calles para que todas estas extrañas fantasías de su mente tomen carne, hueso, sangre, y bajen á la viviente realidad, que sólo se modifica y se mejora con mucho tiempo y muchísimo trabajo. En otros dias, los grandes enemigos de las democracias estaban naturalmente entre los reyes, los sacerdotes, los aristócratas; hoy, despues de nuestros progresos, despues de vencidos y destronados los reyes, hállanse los mayores enemigos de los republicanos y de los demócratas entre los demagogos, y el mayor peligro de la democracia en la demagogia y sus utopias.

Vosotros, los demagogos, llenais la conciencia popular de ideales groseros é irrealizables á un tiempo, el ánimo de temores y aprensiones, el aire de tempestades, y engendrais la reaccion. ¿Quién amenazó constantemente al Gobierno provisional en 1848? La demagogia. ¿Quién sembró la calumnia contra los mejores patriotas? La demagogia. ¿Quién llenó los clubs de sublevados y las calles de manifestaciones y manifestantes peligrosos? La demagogia. ¿Quién violó descaradamente la inviolable majestad de la Asamblea nacional? La demagogia. ¿Quién mantuvo las jornadas de Junio, fin de nuestras esperanzas? La demagogia. ¿Quién, sitiado París, se sublevó contra el Gobierno de la tercera República francesa demostrando no haber aprendido, no haber olvidado nada? La demagogia. ¿Quién nos deshonoró despues con la horrible sublevacion de los comuneros? La demagogia. Es la enfermedad, la horrible enfermedad de que padecen las democracias modernas, que no podrán salvarse, que no podrán robustecerse, sino se limpian fuertemente de esa lepra.

El tipo acabado, perfecto, del demagogo en

Francia, es Blanqui. Cuesta gran trabajo tratarlo con toda la severidad que merece cuando se recuerda su constancia rayando en tenacidad, su fé rayando en fanatismo, sus desgracias rayando en martirio; los combates que ha sostenido, las amarguras que ha devorado, el triste cautiverio en prision horrible que ha sufrido; los malos tratamientos que en ese cautiverio le han cruelmente probado; toda su existencia, que es como una llaga manando sangre, como un tormento sin término y sin medida, digna de aquellos penitentes y aquellos cenobitas que lo sacrificaban todo á su fé, con la esperanza de compensacion larguísima en el cielo, mientras Blanqui no espera esa compensacion ni en las páginas mismas de la historia.

Pero cuando se recuerda que sus utopias inverosímiles, sus agitaciones estériles, los deseos despertados por su palabra en el ánimo de las muchedumbres, deseos sin realizacion posible aquí en la tierra, las conspiraciones urdidas en la sombra y ocasionadas á toda suerte de desastres, los motines sin justificacion han alarmado las conciencias más serenas, han retraido de la vida pública á los mejores ciudadanos, han sembrado de deportados las lejanas islas, de cadáveres las calles, de aprensiones reaccionarias los ánimos, de ideas siniestras las inteligencias, haciendo abortar dos revoluciones y casi perecer dos Repúblicas, con lo cual cayó una generacion, nacida para la libertad en la servidumbre, el corazon más sensible, más henchido de compasion y de ternura no puede impedir que se levante la conciencia airada condenando al autor de tantos males á la eterna é inapelable maldicion de la historia.

Blanqui, más que contra los reyes, ha conspirado contra los republicanos. Uno de los medios políticos que empleaba con más empeño y más éxito para captar el ánimo del pueblo y perder á los grandes ciudadanos, era la calumnia. Y con la calumnia no perdía á sus rivales; perdía á la República. Los pueblos más demó-

cratas de Europa, con raras excepciones, tienen educación monárquica, educación fetichista. No ven tanto las ideas como los hombres que las personifican. Y matando con el veneno de la calumnia estos hombres en la conciencia general, matais la idea misma, porque es difícil elevar pueblos fetichistas, pueblos de tradiciones monárquicas, á la concepción y al culto de lo ideal. Los calumniados se defienden, como es propio de la naturaleza humana. En la defensa acusan. En la acusación mezclan á su vez, llevados del ardor de la pelea, otras calumnias. Y la impopularidad cae sobre todo y sobre todos. Y de aquí los enemigos irreconciliables, los odios inextinguibles entre los hombres del mismo partido, que arrastran en el torbellino á sus amigos y crean facciones implacables, sobre las cuales alza su bandera triunfante la reacción. El principio de libertad lleva en sí gérmenes de intransigente individualismo; el individualismo lleva en sí gérmenes de anarquía: que como todo cuerpo tiene su sombra, todo principio tiene su inconveniente. Y si á esto unís dentro del organismo de la libertad el corrosivo de aviesas pasiones, correis el peligro cierto de una catástrofe irreparable. Las mutuas calumnias de los republicanos han tristemente contribuido en mucho á perder la República. Ya lo dijo el gran fisiólogo de la sociedad, Maquiavelo, en palabras indelebiles, fórmulas esculpidas en el bronce de la inmortalidad. «El que atentamente lea la historia de Florencia, verá cómo la calumnia ha perseguido en todo tiempo á los ciudadanos comprometidos en públicos negocios. Decíase del uno que habia robado el dinero del Erario; del otro que no habia alcanzado la victoria por haberse vendido al enemigo; del de más allá que su ambición era causa de tal ó cual desgracia. Resultaban así mútuos odios, y se venia bien pronto á rompimientos, de los rompimientos á las facciones y de las facciones á la total ruina del Estado.»

«Entre los medios de que se vale más de un

»ambicioso para llegar al poder, la calumnia
»no fué el ménos eficaz. Esparcíanla hábil-
»mente contra los poderosos que contrasta-
»ban su avidez, y servia á maravilla en sus
»proyectos; porque tomando el partido del
»pueblo, cuyos celos contra todo cuanto se
»eleva mantenian, llegaban sin esfuerzo á
»captar su voluntad. Muchos ejemplos pudie-
»ra citar en apoyo de su aserto; pero me con-
»tentaré con uno solo.»

«El ejército de Florencia sitiaba á Luca
»bajo el mando de maese Juan Guicciardini,
»comisario de la República. Fuera torpeza,
»fuera desgracia, la suerte quiso que no se
»tomara Luca. Sin averiguar la verdadera
»causa, echóse la falta sobre maese Juan, y
»se le reprochó el haberse dejado ganar y
»corromper por los de Luca; y apoderados
»sus enemigos de esta calumnia, cayó casi en
»la desesperación. En vano para defenderse
»prometió entregarse prisionero en manos
»del capitán del pueblo; no pudo jamás dis-
»culpase.».....

«Resultó de aquí profunda enemiga entre
»el partido de maese Juan, formado de los
»grandes, y el partido que pugnaba por mu-
»danzas en el gobierno. Estas enemistades,
»atizadas diariamente por diversas causas,
»produjeron al cabo incendio que devoró toda
»la República.»

Parece que, leyendo estas páginas, asistis en espíritu al día nefasto del 31 de Octubre de 1870, cuando el periódico de Félix Piat anuncia en París sitiado la capitulación de Metz, y los demagogos, dirigidos por Blanqui, la atribuyen á traición del gobierno republicano. Y convocan los clubs más exaltados, y pronuncian los discursos más incendiarios, y profieren los juramentos más terribles, y tocan á rebato, y arman las muchedumbres, y se encaminan á la Casa de la ciudad, y la violan, y la asaltan, y la invaden, y derriban el gobierno que tenia en sus manos toda la fuerza y en su prestigio toda la autoridad, á

la sazón irremplazable, insustituible, y se entregan á las mayores demencias, con daño de la República desacreditada, de la patria herida, y provecho y contentamiento del sitiador, del extranjero.

Recuerdo ahora mismo, porque viene muy al caso, mi última entrevista con Delescluze, que yo describia de esta suerte á los periódicos americanos en carta fechada desde París el 28 de Setiembre de 1869. «Es el director del *Reveil* un demócrata catoniano. Su estilo severo, á cada frase revela su carácter íntegro. Ha padecido mucho por la libertad y ha soportado con verdadera entereza sus padecimientos. Piensa como un filósofo, y procede como un mártir. Pero tiene la inveterada manía de criticar á los demócratas extranjeros, y maldecir á los demócratas franceses. Como al entrar en su redacción notara yo que tenia pegados con engrudo á las paredes los vivos de nuestro partido en la revolución de Setiembre, y el «Vivá á la República,» pero recortado, suprimido siempre el adjetivo federal, me dijo: Vosotros habeis sido los demócratas más sensatos y más hábiles de toda Europa. Y para que el diablo os coja por alguna parte, habeis añadido al grandioso nombre de República el maldito apellido de federal. ¿Á dónde vais con ese estúpido girondinismo? Á la debilidad en el poder, á la desmembración y fraccionamiento en la nación, á la impotencia para todo influjo sobre Europa, á una ruina cierta en el día, para mí cercano, de vuestro definitivo triunfo.»

«Defendime, y defendí mi federal como pude, y rodó la conversación sobre los demócratas y los republicanos franceses. Imposible decir cómo los puso á todos. No habia por dónde cogerlos. Yo los nombraba uno por uno, y él los rechazaba á porfía. En honor de la verdad, debo decir que exceptuaba á Ledru-Rollin. Fuera de éste, los demás eran réprobos. ¿Julio Favre? Un abogado que defendia con arte la República, y

»deseaba perder su pleito. ¿Gambetta? Un ambicioso. ¿Victor-Hugo? Un poeta loco y avaro. ¿Julio Simon? Un jesuita. ¿Pelletan? Un escritor garrulo y un político incapaz. ¿Cremieux, Garnier-Pages, Carnot, Glais-Bizoin? Viejos chochos, mezcla de lujuria por el poder y de incurable impotencia. ¿Luis Blanc? Un comunista capaz de perder cien repúblicas. Pues si Francia y el pueblo francés piensan como vos, le dije, no dudo que tras la próxima caída del Imperio triunfe la República; pero tampoco dudo de que mandarán en ella los monárquicos.»

¿Se ha cumplido mi presentimiento? Pues Blanqui es más implacable todavía que el desgraciado Delescluze. Resumamos la vida de aquel en breves rasgos. El año de 1827 aparece por vez primera Blanqui en atrevido motin, y saca ancha herida en el cuello. El año de 1830 combate con valor en las barricadas de Julio. El año de 1831 promueve una sublevación escolar contra su cate-drático Mr. Barthe. Al año siguiente es condenado á doce meses de prisión y doscientos francos de multa por otra calaverada política. El año 1834 sufre nueva condena á dos años de prisión y tres mil francos de multa por maniobras de sociedades secretas y complicidad en atentado de regicidio. El año 1837 es expulsado de París y obligado á vivir bajo la vigilancia de la autoridad de Pontoise. El año 1839 promueve un motin sangriento por el mes de Mayo y cae preso en el mes de Octubre. Desde Octubre de 1839 á Febrero de 1848 anda de prisión en prisión y de hospital en hospital. En el mismo mes de Febrero protesta contra la desaparición de la bandera roja. En Marzo promueve un motin socialista. En Abril toma parte en las manifestaciones contra el desarme de la Milicia de Rouen y por la expulsión del ejército de París. En Mayo invade y disuelve la Asamblea nacional. Caer, á consecuencia de este nuevo atentado, preso, y continúa en prisión hasta la amnistía de 1859. Vuelve en 1861 á Francia, y á los pocos